

LA LITERATURA COMO MARCO DE REFLEXIÓN URBANA

A PROPÓSITO DE TRES OBRAS DEL SIGLO XIX: «LA
TABERNA» Y «EL PARAÍSO DE LAS DAMAS», DE ÉMILE
ZOLA, Y «GRANDEZA Y DECADENCIA DE CÉSAR
BIROTEAU», DE HONORÉ DE BALZAC

Alfonso ÁLVAREZ MORA*

“Por aquella brecha de luz, que dividía en dos la húmeda oscuridad del barrio de Saint-Roch, transitaban, con desahogo paso de conquista, oleadas de carruajes” (Zola, «El Paraíso de las Damas»)

Comprender el fenómeno de la ciudad, adentrarse en sus complejas entrañas, conducirse, para entenderlo, más allá de raquíticos presupuestos formales, debería significar, como primera medida, inmiscuirse en reflexiones capaces de abarcar el universo complejo que conforma su realidad. Y, para ello, nada mejor que la literatura, sobre todo aquella, como la que se desarrolló a lo largo del siglo XIX, en la que la ciudad es asumida como un personaje más de la narración, como sujeto. La literatura del XIX, en efecto, es un producto urbano por excelencia, de ahí su importancia para hacernos reflexionar a propósito de la base, social, económica y política, sobre la que descansa nuestra realidad territorial más inmediata. Nos dice Balzac:

"París es un verdadero océano. Por más que arrojéis la sonda, nunca podréis conocer su profundidad. ¡Recorredlo, describidlo!; por mucho cuidado que pongáis en recorrerlo, en describirlo, por muy numerosos que sean los exploradores de este mar y por mucho interés que pongan en ello, se encontrará siempre un lugar virgen, un antro desconocido, flores, perlas, monstruos, algo inaudito olvidado por los buceadores literarios”.

La ciudad, en efecto, nunca conseguiremos abordarla en su totalidad, siempre habrá algo que se nos escape, que eluda y burle nuestra hipotética racionalidad. Es su condición de “universo complejo” lo que impide su comprensión directa, el entendimiento final de comportamientos sólo descifrables, en parte, a la luz de vivencias muy enraizadas con la práctica de la “ciudadanía”,

* Dr. Arquitecto, Catedrático de Urbanística y Ordenación del Territorio en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Valladolid y Director del Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid.

con el “sentir de lo colectivo”. Sólo los más incautos, aquellos que apuestan por un acercamiento “morfológico”, tan habitual en el campo del Urbanismo, se atreven a contemplar un espectáculo socio-espacial complejo como si se tratase de un “objeto” simple. No podía ser de otra manera, ya que esa visión vacía de contenidos es el vehículo que les lleva a formular propuestas desprovistas de complejidad, reduciendo, aún más, la observación de la que parten. Ebrios de tanto ingerir “toxinas morfológicas”, estos espectadores de lo simple creen garantizar, con sus propuestas, un orden como alternativa al “desorden” existente, “recreando” lo que ya es, “reordenando” lo que ya funciona, incorporando lo que excede, ocultando, en suma, lo que denuncia su insolencia.

Falta de “conciencia de lo complejo” que puede interpretarse como renuncia, o incapacidad, para comprender la supremacía de la “cultura” como categoría que encauza la reflexión y el conocimiento, “cultura” entendida como vivencia, como atributo de los que luchan, como vehículo transformador, como estallido de un compromiso. Y, ¿no son todas estas observaciones, y muchas más, las que referencian la crítica social reflexiva propia de las narraciones literarias que nos han legado, sobre todo, los años que recorren el siglo XIX y principios del XX?

Es este elenco literario el que nos acerca, como ningún otro campo del conocimiento, a la comprensión de la realidad urbana, bien entendido que se trata de un conocimiento más vinculado a la “reflexión” que a la “información”, es decir, a una manera de pensar, en nuestro caso, la ciudad que nos permite no tanto observarla como recrearse en las vivencias que la animan.

Recurrimos, en esta ocasión, a tres obras literarias, productos del siglo XIX, para mostrar las hipótesis esbozadas. Se trata de «Grandeza y Decadencia de César Biroteau», de H. De Balzac, escrita hacia 1837; «La Taberna» y «El Paraíso de las Damas», ambas de E. Zola, escritas, respectivamente, en 1877 y 1883. Entre la obra de Balzac y «El Paraíso de las Damas», de Zola, encontramos ciertos encuentros, no tanto por el tema elegido para desarrollar la narración, como por el tratamiento que hacen de la ciudad de París. La trama de ambas obras, en este sentido, se inmiscuye en un mismo barrio de París, el barrio central de Saint-Roch. Pero, mientras Balzac lo trata como el ámbito residencial de Biroteau, también como “espacio comercial”, donde desarrolla su actividad como perfumista, expresándose como un lugar que aún no ha sido objeto de “reinterpretaciones espacio-funcionales”, permaneciendo y consumiéndose, por tanto, como un “lugar tradicional” donde residencia y comercio conviven, en el mismo edificio, sin grandes alteraciones, Zola, en «El Paraíso de las Damas», por el contrario, lo interpreta como un lugar en transformación. «El Paraíso de las Damas», en efecto, es el prototipo del Gran Almacén que comienza a emerger, en su calidad de nuevo ámbito comercial, en contraposición al “pequeño comercio”.

«La Taberna», de Zola, por su parte, es una novela que aborda el mundo del proletariado, haciendo partícipe de la narración a uno de los barrios obreros más significativos del París del último tercio del XIX. Se trata de la Goutte d’Or, localizado más allá de la Barrière Poissonnière, y de sus aledaños, sobre todo el que de identifica con el nuevo Barrio de Poissonnière cuyo original trazado, que incluía los primeros tramos de calles tan importantes como La Fayette y Magenta, se remonta a 1823.

Para Balzac, decimos, la ciudad no está en un proceso de transformación intenso como sí lo está para Zola, pero es plenamente consciente del peso económico que se deriva de la puesta en marcha de determinadas operaciones inmobiliarias. La ciudad de París, en efecto, comienza a ser considerada como “espacio productivo”, como un ámbito espacial capaz de generar operaciones económicas que comparten beneficios, en nuestro caso, con los que genera el comercio tradicional. Emerge, en este sentido, la “especulación” como negocio urbano. La principal ocupación de Biroteau es su tienda de perfumista, en la que pone en venta productos que él mismo fabrica en un local industrial situado en el Barrio del Marais. Pero no se conforma con las ganancias que le proporciona dicha ocupación. Necesita más, ya que su deseo, como buen burgués, es hacer de su casa no solo la residencia familiar sino el Salón que abre a la sociedad que lo está empujando hacia delirios aristocráticos, lo que le obliga a aumentar sus rentas por otros procedimientos. Y es así como se asocia con otros para emprender un negocio especulativo con unos terrenos alledaños a La Madeleine. Ocasión que aprovecha Balzac para lanzarnos un mensaje a propósito del nuevo negocio urbano que alimenta la “especulación”, negocio en el que se puede ganar mucho pero en el que, también, se puede perder todo. Y esto es, precisamente, lo que le ha sucedido a Biroteau.

El relato que aborda esta cuestión no puede ser más claro y evidente. Es el momento en que Biroteau va a pedir ayuda a un “banquero” para hacer frente a los gastos que le ha supuesto “remodelar” su casa para abrirla a la “sociedad” y, sobre todo, para poder recuperar el adelanto monetario que ha perdido en la “operación Madeleine”:

“Los terrenos de la Madeleine no son nada, le dice el ‘banquero’. Operamos en otras partes. ¡Ah, querido señor: si no estuviéramos comprometidos en los Campos Elíseos, en los alrededores de la Bolsa, en el barrio de Saint-Lazare y en Tívoli, no estaríamos, como dice el gordo Nucingen, en verdaderos ‘degocios’! ¿Qué es de los terrenos de la Madeleine? Una porquería de negocio. ¡Prrr! Nosotros no extorsionamos ni engañamos a nadie, querido –dijo Claparon dando unos golpecitos en el vientre de Biroteau y tomándolo de la cintura-. Vamos, quédese a comer y hablaremos –añadió, para suavizar un poco su negativa. [...] Yo no estoy en el negocio sino por una comisión en las compras y por una parte de los beneficios que se consigan en las ventas; por eso manejo a los propietarios. [...] Actualmente, los negocios se dividen. ¡Un negocio exige el concurso de tantas capacidades!... ¡Métase usted en nuestros negocios! Déjese usted de vender pomadas y peines: mal asunto, malo. Esquilme al público, entre en la especulación. ¿La especulación?, preguntó el perfumista. ¿Qué clase de comercio es ese? Es el comercio abstracto –contestó Claparon-, un comercio que se mantiene en secreto durante una decena de años, según dice el gran Nucingen, el Napoleón de las finanzas, y por el cual un hombre abarca la totalidad del importe de la operación, se queda con las ganancias antes de que existan... Una concepción gigantesca, un modo de poner la esperanza en copas iguales, en fin, una nueva cábala. Todavía no somos más de diez o

doce personas las que estamos iniciadas en los secretos cabalísticos de estas magníficas combinaciones”.

Se está entrando “en ganas”, se está abriendo la cuba del “negocio especulativo”, no tanto del “affaire” inmobiliario, ya que de lo que se trata es de enriquecerse “haciendo ciudad”, aunque para ello haya que sepultar formas de vida enraizadas en los viejos barrios, aunar los nuevos valores inmobiliarios como si fueran lápidas que ocultan la muerte en vida de la otra ciudad, la que comienza a ser objeto de un proceso de “desposesión de clase”.

Si Balzac reflexiona a propósito de los inicios de esa “desposesión”, haciéndola convivir, aún, con modelos sociales tradicionales, lo que supone identificarla con la “ciudad heredada” que todavía permanece, que no ha desaparecido, mostrando el negocio de la “especulación” como una actividad económica compatible y complementaria con el “negocio tradicional”, Zola dará un paso más adelante en el sentido de hacer depender dicho “negocio especulativo” del nuevo “modelo urbano” cuya construcción se consolida durante la segunda mitad del siglo XIX. A partir de ahora, dicha “especulación” no se presentará, nunca más, como una actividad económica complementaria, sino determinante, es decir, como categoría de referencia para proceder al proceso de construcción de la ciudad, alcanzando, para ello, una total independencia.

En «El Paraíso de las Damas», en efecto, se reflexiona a propósito de la “nueva modernidad”. Para que el “negocio especulativo” se consolide y adopte formas irreversibles es necesario enterrar el “modelo tradicional”, referido, en esta ocasión al “pequeño comercio”, a favor del Gran Almacén, del «El Paraíso de las Damas». Y para ello la ciudad tiene que cambiar, ya que la nueva dimensión comercial que se deriva del Gran Almacén, cuantitativa como cualitativamente, exige reconsiderar la “centralidad” tradicional. Es así como Mouret, el dueño del Gran Almacén, considera necesario e imprescindible, para garantizar su éxito económico, la presencia de una gran avenida, de un nuevo “boulevard”, que proporcione accesibilidad a su negocio y, al mismo tiempo, sirva de escaparate para exponerlo a los ojos de todos:

“Hacía mucho que Mouret acariciaba el sueño de realizar su antiguo proyecto: que El Paraíso de las Damas ocupase la manzana entera, desde la calle de Monsigny a la calle de la Michodière, y desde la calle Neuve-Saint-Augustin hasta la calle de Le-Dix-Décembre. Quedaba todavía, en esta última arteria, una ancha franja de terreno que aún no le pertenecía. Y ello bastaba para amargarle el triunfo. Lo atormentaba el deseo de rematar la conquista, de edificar en ella, a modo de apoteosis, una fachada monumental. Mientras la entrada principal se hallase en la calle Neuve-Saint-Augustin, una calle renegrecida del París antiguo, su obra estaría tullida y carecería de lógica. Quería, para exhibirla ante el nuevo París, que se hallase de cara a una de esas avenidas jóvenes por las que pasaba, a pleno sol, el barullo de finales de siglo. Ya se la imaginaba, dominándolo todo, imponiéndose como el gigantesco palacio del comercio, cubriendo la ciudad con una sombra mayor que la del viejo palacio del Louvre. Pero, hasta la fecha, se había topado con la obstinación del Banco de Crédito Inmobiliario, que se aferraba a su primitiva idea de competir, en aquel

terreno de primera línea, con el Gran Hotel. Los planos estaban concluidos; y, para excavar los cimientos, sólo se esperaba ya a que la calle de Le-Dix-Dècembre quedase expedita”.

Pero lo más dramático de todo, lo que realmente se exige para dar ese salto hacia la “modernidad deseada”, es la imprescindible necesidad de acabar, de enterrar, formas de vida identificadas con antiguos patrones ciudadanos. El hecho de que la desaparición del “pequeño comercio” se inscriba en esa necesidad histórica no es sólo una cuestión que atañe a su incompatibilidad con el mundo del “gran almacén”, ya que ambas modalidades comerciales, en principio, no tendrían por qué ser contradictorias, por cuanto pueden hacer frente a demandas diversas sin entorpecerse entre sí. El problema es más profundo. Se trata de la necesidad de imponer un “modelo social” en el que impere la idea de la gran oferta, donde los gustos personales y las disposición ciudadana dejen de ser, por siempre, libres e independientes, debiéndose, a partir de ahora, a lo que les sea ofertado. De ahí la necesidad de grandes artefactos comerciales desde los que se ejerce esa oferta, desde los que se violentan las necesidades de los ciudadanos. El “gran almacén” permite que de un solo golpe de vista el consumidor pueda dar rienda suelta a su imaginación secuestrada.

Los pequeños comerciantes que aparecen en «El Paraíso de las Damas» no llegan a comprender por qué todos los productos tienen que estar reunidos y mostrados en un mismo marco espacial, en único Gran Almacén. Tienen otro sentido del comercio, menos impositivo, más libre, que deje una mayor disposición a la elección del que busca. Llegan a exclamar, “... llegaremos a ver, incluso, cómo se vende pescado en esos almacenes...”. Y, acompañando a todo este proceso de “reconversión comercial”, las grandes transformaciones a las que se somete la ciudad tradicional. No puede cambiar una cosa sin la otra. Y es así cómo nos invita Zola a la reflexión, cómo nos presenta una de las grandes cuestiones que atañen al proceso de construcción de la ciudad capitalista, adelantándose a su tiempo e imaginando lo que será una realidad años después:

“... Nadie conservaba a sus muertos; no quedaba más remedio que enterrarlos. Y, con un ademán, derribaba, barría y arrojaba a la fosa común el cadáver del comercio pretérito, cuyos pestilentes y verdosos restos eran la vergüenza de las soleadas calles del nuevo París. No, no, no sentía remordimiento alguno; se limitaba a cumplir con el cometido de su época; y Denise lo sabía muy bien, porque amaba la vida, y tenía pasión por los negocios de alcance, rematados a plena luz, bajo el brillante resplandor de la publicidad... ¿Era, pues, cierto que el mundo medraba mediante aquella necesidad de muerte, aquella lucha por la vida que invitaba a arrojar a los seres al osario de la destrucción eterna? Volvía a verse luego ante la fosa a la que bajaban a Geneviève; vislumbraba a sus tíos, solos en lo hondo del tenebroso comedor. Entre el profundo silencio, un sordo ruido de derrumbe cruzaba el aire muerto: era la casa de Bourras, que se desplomaba como si la hubiese minado una crecida. Volvía el silencio, más siniestro aún, y retumbaba otro hundimiento, y luego otro, y otro más: los Robineau, los Bédoré Hermanos, los Vanpouille crujían y se venían abajo, uno tras otro; el pequeño comercio del barrio de Saint-

Roch desaparecía bajo una piqueta invisible, entre bruscos truenos de carretas descargadas. Y entonces una tremenda pena la despertaba, sobresaltada. ¡Dios mío, cuántos tormentos!. ¡Familias que lloran, ancianos que se ven en el arroyo, todos los dolientes dramas de la ruina!. Y ella no podía salvar a nadie; y era consciente de que se trataba de algo beneficioso, la salud del París del mañana precisaba de aquel estiércol de desdichas. Se calmó al amanecer; se apoderó de ella una honda tristeza resignada mientras clavaba los ojos en la ventana, cuyos cristales se iban aclarando. Sí, era el tributo de la sangre; toda revolución exigía mártires; sólo se podía avanzar pisando cadáveres. Su temor de ser un alma perversa, de haber colaborado en el asesinato de sus seres más queridos se iba convirtiendo en una consternada compasión ante aquellos males irremediables, que son los dolores de parto de todas y cada una de las generaciones. Acabó por ponerse a pensar en los posibles alivios; su bondad estuvo mucho tiempo soñando con los medios que habría que adoptar para salvar al menos a los suyos del aplastamiento final”.

El nuevo “modelo social” que se está construyendo, en estrecha vinculación con las “nuevas estructuras urbanas”, no atañe, en exclusividad, a la definición de los “lugares centrales”, en su doble acepción de espacios identificados con la gestión de la actividad económica y como expresión de clase de la burguesía emergente. En paralelo a los mismos, y expresando una de las más grandes contradicciones que caracterizan a la “ciudad del capital”, se muestran aquellos otros con los que se identifica el proletariado. Se trata de las “periferias obreras”, lugares reclamados y exigidos por el poder, he ahí la contradicción, para que contribuyan a realizar y hacer posible la “ciudad segregada” como estrategia territorial que asegure el negocio inmobiliario. El pensamiento de Zola no es ajeno a esta realidad, prestando especial atención a este fenómeno territorial en su obra «La Taberna». Llama la atención la convicción expresada por Zola a propósito de la estrecha relación entre “espacios centrales” y “lugares periféricos”. Unos y otros se apoyan, se miran con recelo, se necesitan, se desprecian, se enfrentan con violencia, conformando una misma realidad que alimenta contradicciones.

Para Zola, la ciudad París no se conforma sólo con expresar los lujos y riquezas que no acaban de colmar los deseos más depravados de la burguesía. Esos lujos y riquezas tienen que ser vertidos, en forma de despojos, en la cara de los que sufren. Éste es el “modelo social” que toma a la ciudad de París como expresión de sus contenidos: revolcarse en el lujo para despacharlo como despojo que otros recogen. Recordemos, en este sentido, algunos puestos comerciales, que se encontraban en los mercados centrales, en Les Halles, especializados en vender las sobras del último festín que el Emperador había ofrecido en el palacio de las Tullerías. Y recordemos, también, que la primera petición que el Prefecto Haussman solicita de Napoleón III es la anexión de los municipios periféricos, por entonces, a la ciudad de París, queriendo indicar con ello que si importante era la reestructuración de los “distritos centrales”, mucho más lo era su contribución en la puesta en valor de los terrenos periféricos.

Es esa “periferia” la que sirve de asiento, también de referencia, para que Zola exprese esa otra realidad que se está construyendo en París y que no puede desvincularse, porque define su reverso necesario, del “lujo central”. Es el Faubourg Poissonnière y la Goutte d’Or, lugar de “charnela” entre el París burgués y el París proletario, donde termina el lujo y comienza la miseria, donde las contradicciones se hacen más evidentes:

“...Aquel barrio, cuyo embellecimiento le producía una sensación de vergüenza, se abría ahora por todas partes al aire libre. El bulevar Magenta, que subía del corazón de París, y el Bulevar Ornano, que salía hacia el campo, habían perforado la antigua barrera, un formidable derribo de casas, formando dos anchas avenidas, aún blancas de yeso, que tenían a sus flancos las calles Faubourg-Poissonnière y Poissonniers, cuyos extremos se perdían desportillados, mutilados y torcidos como sombríos intestinos. Desde hacía algún tiempo, la demolición del muro del fielato había ensanchado la ronda, con las calzadas laterales y el terraplén de en medio para los peatones, donde habían plantado cuatro hileras de pequeños plátanos. Era una inmensa encrucijada que, a lo lejos, por vías interminables, entre un hormiguero de personas y sumergiéndose en el zozobranete caos de las construcciones, desembocaba en el horizonte. Pero, entre las altas edificaciones nuevas, seguían en pie muchas casuchas que amenazaban ruina; entre las fachadas esculpidas se abrían huecos oscuros, perreras que parecían bostezar y que desplegaban andrajos en sus ventanas. Bajo el lujo que subía de París, la miseria del arrabal estallaba y salpicaba los cimientos de una ciudad que tanta prisa se daban en construir”.

Es en el marco de estas “periferias”, como atalayas de miseria, y desde las que se observa el gozo central, donde Zola quiere expresar, con toda dureza, la esencia misma de la ciudad que se está construyendo. Y para ello coloca a Gervaise en esa encrucijada, donde el dolor se siente doblemente infinito: El que produce la carencia de todo y aquel que proviene de observar el gozo de los demás.

“...Ese año estaban cambiando completamente el barrio. Estaban abriendo los bulevares Magenta y Ornano, arrasando la vieja barrera Poissonnière y atravesando la ronda. Aquella parte de la ciudad resultaba difícil de reconocer. Habían derribado todo un lado de la calle Poissonnière. Ahora, desde la calle de la Goutte-d’Or se veía un claro enorme, un espacio aireado y soleado; y, en lugar de las casas en ruinas que habían estado tapando la vista por ese lado, se levantaba en el bulevar Ornano un verdadero monumento, una casa de seis pisos, esculpida como una iglesia, cuyas luminosas ventanas, adornadas con cortinas bordadas, hacían ostentación de riqueza. Esta casa, enteramente blanca, colocada justo enfrente de la calle, parecía arrojarle rayos de sol. Era incluso motivo de diarias discusiones entre Lantier y Poisson. El sombrerero no paraba de hablar de los derribos de París; acusaba al emperador de construir palacios por todas partes para que los obreros tuvieran que irse de la capital; y el guardia municipal, pálido de ira, respondía que al contrario, el emperador

pensaba más que nada en los obreros, que si hiciera falta devastaría París con tal de darles trabajo. A Gervaise también la tenían desasosegada aquellos embellecimientos que alteraban el oscuro rincón del arrabal al que estaba acostumbrada. Su desasosiego tenía que ver precisamente con que el barrio se embellecía en el momento en que ella se hundía en la ruina. A nadie le gusta que, cuando está en la miseria, le dé un rayo de sol en plena cara. Los días en que buscaba a Naná, le fastidiaba tener que pasar por encima de los materiales, patrullar a lo largo de las aceras en construcción y tropezar con las empalizadas. El hermoso monumento del bulevar la sacaba de sus casillas. Obras como ésas eran para rameras como Naná”.

Observaciones como las que se contienen en estas tres obras maestras de la literatura, y valga como conclusión, que expresan, ante todo, la “naturaleza de la ciudad” en estrecha relación, inconfundiblemente identificada, con “comportamientos humanos”, nos invitan a inmiscuirnos en reflexiones capaces de hacernos comprender, al menos atisbar algún resquicio abierto, el sentido que está adquiriendo el proceso de construcción de la ciudad en un contexto cambiante, es decir, en el marco de un proceso histórico que está apostando por la eliminación de “modelos tradicionales” en favor de aquellos otros que van a ir arrojando el desarrollo del capital.

Presupuestos tan elementales como los que hacen referencia a la necesaria vinculación entre “transformaciones físico-espaciales” y el “comportamiento de la naturaleza humana”, presentes en literatura del siglo XIX, deberían, a los que nos ocupamos del estudio de la ciudad y del territorio, ya sea para comprender o para indagar en la resolución de sus contradicciones, o para ambas cosas a la vez, hacernos reflexionar para no confundir “alternativas urbanísticas” con “juegos formales”. La experiencia nos dice, en efecto, que para la mayoría de los, hoy día, llamados “urbanistas”, cuyas contradicciones les llevan a identificar, cada vez más, su cometido profesional con “prácticas arquitectónicas”, en el contexto de una apropiación de clase que se manifiesta dotando de un sentido globalizador a las mismas, es decir, refiriendo a ellas cualquier tipo de intervención en la ciudad, en este contexto, decimos, sería muy conveniente apelar a la “cultura” en su calidad de vehículo portador de valores que apuestan por la reflexión. Y decimos esto porque estamos convencidos que detrás de actitudes como las que denunciamos se esconden mentalidades estrechas, poco acostumbradas a reflexiones complejas, muy vinculadas con lo simple, profundamente comprometidas, en una palabra, con lo “formal”, con el escándalo que supone recrearse en el territorio de la ciudad como si se tratase de un tablero sobre el que recaen caprichos cabalísticos propios de mentalidades muy enraizadas con posturas autoritarias, en ningún caso democráticas.